

CRÓNICA

La Ítaca de Francisco de Miranda

Celso Medina
Universidad Pedagógica Experimental Libertador
medinacelso@gmail.com

... aprende el arte de la guerra; sólo así podrás, de verdad, cumplir el noble objetivo de vindicar a tu padre

Denzil Romero. *La tragedia del Generalísimo*

Cuando salgas de viaje para Itaca,
desea que el camino sea largo
Constantino Cavafis

1

Apenas tiene 21 años. Todavía conserva el primer nombre de Sebastián (su nombre completo es: Sebastián Francisco de Miranda y Rodríguez Espinosa). Cuando toma el barco sueco, Prince Frederick, es una mezcla de Telémaco y Ulises. Y su Itaca es la aldeana Caracas, que ha humillado a su padre, sometiéndolo al escarnio, acusándolo de mulato y negándole su condición de capitán de la Sexta Compañía de Fusileros. Para fortuna de los Miranda, una real Cédula, de fecha 12 de septiembre de 1770, fue leída en el Cabildo caraqueño para resarcir la ofensa contra el padre del que posteriormente va a ser llamado “el más universal de los hombres venezolanos”. Denzil Romero en su novela *La tragedia del Generalísimo*, imagina al niño que ve a su padre (Sebastián de Miranda Ravelo):

... querellándose (...) contra los prejuicios coloniales de la mantuana oligarquía escupesangre, la oligarquía de los grandes cacaoos y los escudos de piedra recién estrenados, que negábase el derecho a ingresar en las Milicias Reales (...) obligándole a despojarse del uniforme y del uso del bastón, por ser de condición comerciante, no importa que con evidente poder adquisitivo (1983: 12).

Cuando salía de La Guaira, según Inés Quintero, Miranda se disponía a “labrarse un futuro diferente fuera de su lugar natal” (2006: 12), y para Romero procuraría “vindicar al padre”. Tenemos, entonces, a un héroe construyendo la trama de su odisea. Salvar el honor de su padre y la vez forjarse una Itaca. Para la primera tarea, procurará convertirse en un refinado intelectual, de gustos muy alejados a los de los aldeanos de la ciudad que dejaría atrás. Mariano Picón Salas enfatiza el esfuerzo de Miranda en superar la visión que de su padre se hizo el mantuanaje caraqueño:

... si hay algo en que se esmera Miranda es en adquirir, junto con su cultura en arte, ciencia militar y política, el más pulido cortesanismo de una época que gusta de la conversación, las fiestas y besamanos (1972: 14).

Su Itaca será su patria. Pero, ciertamente, ella aún no existe. Su país natal era casi una entelequia. Carlos III le daría el rango de Capitán General de Venezuela seis años más tarde, en 1777. Será en Europa y Estados Unidos donde la idea de patria adquirirá espesor concreto, convirtiéndose en su Grial esencial.

Lejos estaba el joven Miranda de sospechar que su viaje en el barco sueco sería el inicio de un peregrinaje trágico, que el destino le tendría deparado ser la “manteca del sacrificio” de un proceso político que comenzaría su historia sacrificando a su precursor.

Luego de una corta estadía en Cádiz, Miranda se instala en Madrid, la primera gran ciudad extranjera de su largo peregrinaje. Abandona definitivamente su primer nombre, Sebastián, y pasa a llamarse Francisco. Ahora es Ulises, heredero de los desdenes ya experimentados en la aldeana Caracas. Piensa forjarse una carrera militar, autoafirmándose él y a través de esa autoafirmación procuraría reivindicar a su padre. Don Sebastián le costea toda su instalación en la capital española. Compra su grado de Capitán por 8 mil pesos. Al hablar de Patria, Miranda en ese entonces no diferencia su tierra natal de la tierra que le acoge. Se esmera en servir tesonosamente a la Corona Española. Sus primeras acciones militares las realiza en las cercanías de África, en Melilla, donde combate contra las fuerzas del sultanato de Marruecos. Para su fortuna, conoce a sus grandes amigos: el general Juan Manuel Cajigal y al comerciante John Turnbull. El primero lo defenderá de todas las injurias y patrañas que le urden en el mundo militar. El segundo, lo financiará hasta en sus últimos días de agonías en La Carraca, de Cádiz.

La frustración va a la par con las ansias de ascenso del joven Miranda. Ya ha hecho valer su inteligencia. Lee incansablemente. Domina los idiomas mejor que la espada: habla y se entiende con italianos, ingleses, franceses y lee a los grandes autores latinos directamente en su idioma original. Pero la misma sombra que se cernió sobre su padre parece perseguirlo: se le escamotean los reconocimientos. Y, al igual que su padre, se transforma en un empedernido defensor de lo que cree son sus derechos. Por ello redacta cartas de diversa índole y tono. El 7 de julio de 1776 le escribe al alto funcionario Martín Álvarez lo siguiente:

Estas razones me obligan a poner a la consideración de V.S., esta pretensión como fiel depositario de la confianza del Soberano, para que hecho cargo del buen deseo, proteja la honrosa ambición de un individuo que sólo desea emplear la vida en servicio y gloria de su patria (1982:9).

Esa patria no es aún América, o su Colombeia, sino la España de la que se siente hijo. La misma España a la que creía pertenecer su padre, allá en Caracas, y de la que el mantuanaje pretendió excluirlo. El Francisco de ahora recibe el mismo trato. Sus empeños son tímidamente recompensados. En 1778 sirve de escolta a la reina Madre de Portugal. En 1780 se incorpora al Segundo Batallón del regimiento de la Princesa, en Cádiz. Allí comienza su odisea con su fiel amigo, el general Juan Manuel Cajigal, quien lo nombra su edecán. Al mando de Cajigal se interna en territorio norteamericano, lucha en Pensacola (La Florida), en apoyo a la independencia de Estados Unidos. Por cierto, este evento ha sido señalado por algunos historiadores como el momento en que Miranda adquiere la primera conciencia de la Libertad de su América, es decir, en que va haciéndose visible su idea de patria real. Inés Quintero (2006) rebate tal visión, pues sostiene que el interés del caraqueño estaba absolutamente supeditado al de una España que defendía sus intereses frente a Inglaterra.

Las intrigas fraguadas en su contra pronto harán del joven capitán un desertor del ejército español. Acusaciones de traición (se le inculpa de haber permitido la entrada del general inglés Campbell a las instalaciones militares españolas en La Habana, lo que rebatió contundentemente su jefe inmediato, el general Cajigal), de contrabando (que también deniega Cajigal) y la Inquisición le ha fraguado un grueso expediente por posesión de libros prohibidos y el proferimiento de ideas nada ajustada a la ortodoxia española. Ante la inminencia de su apresamiento, decide desertar del ejército, acción que signará enormemente toda su posterior existencia. Pocos personajes han sido perseguidos tanto por la Corona Española. Esa persecución llegó a su clímax con su reclusión en Cádiz, donde moriría en 1816.

De manera que cuando aún no se había aquerenciado con su nueva patria, la pierde. Ulises busca una nueva Itaca. Ya no tiene la que trajo ni la que creyó haber encontrado en territorio español. Y en ese marco reiniciará su peregrinaje. Una carta fechada el 16 de abril de 1783, enviada al general Cajigal, revela esa pérdida de la patria que se suponía había encontrado Miranda cuando arribara a Madrid en 1771:

V.E. por larga experiencia, sabe con cuánto amor y celo he servido a su Majestad y a mi patria, sin perdonar fatiga, gastos ni desvelos en adquirir cuantos conocimientos he creído conducente al intento. ¡Cónstale también las fuertes persecuciones con que en vano ha procurado la emulación distraerme siempre de tan laudable objeto, y así espero tener la satisfacción de que vea igualmente hasta dónde llega el término de mi constancia y de mi fidelidad, pues a pesar de cuanto llevo expuesto y de las gravísimas injurias y atropellamientos que tengo experimentado, sólo en el duro caso de negármese y ser oído y juzgado por tribunal competente, como cualquier vasallo lo tiene de derecho, miraría con otro semblante los intereses de aquella patria y Soberano por quienes tantas veces he ofrecido mis trabajos, mis bienes y mi vida (1982:59).

Este Miranda muestra la ambigüedad del patriota y del vasallo. Pero muerta la patria, vivía la nueva patria, que rehará en Estados Unidos, a donde arribó Miranda huyendo de sus perseguidores españoles. Esa América ya libre del imperio británico, abriría en nuestro prócer independentista, las primeras aristas de su patriotismo americanista o colombiano.

Poniendo en práctica lo aprendido durante once años en España, Miranda va a impresionar enormemente con su “pulido cortesano” (Picón Salas dixit) a George Washintgton, Alexander Hamilton, Benjamín Franklin, Samuel Adams, Thomas Paine, Thomas Jefferson, entre otros, personajes hacedores de la recién independencia estadounidense. Dice Manuel Pérez Vila que Durante los 18 meses que pasa en los Estados Unidos, Miranda estudia concienzudamente tanto el proceso de la Revolución Norteamericana como el estado de la joven nación (1982: 542).

Aparece de nuevo otra Itaca, alimentada del republicanismo estadounidense, cuyos componentes definitivos van a ser: idealismo y anhelo de libertad. La patria sería, pues, de ahora en adelante una mezcla de utopismo e ideal libertario.

Pero Miranda sigue emulando a Ulises. Sus dones encantatorios le abrirán muchas puertas, para entrar al cortesananismo norteamericano. No era todavía ciertamente un patriota americanista. Sale de España como desertor y sus cartas lo que revelan es un resentimiento por no habersele permitido encajar en un mundo político y militar español.

¿De qué conversaba Miranda con sus contertulios norteamericanos? Quizás de la libertad de América Hispana, pero no pudo haber sido ése el tema de cuando inicia el contacto con los precursores de la independencia norteamericana. El Miranda que huye de España no es un revolucionario; es más bien un hombre ávido de experiencias, en el más claro sentido de la filosofía de la Ilustración diocechesca, sin conciencia clara de lo que será su Colombeia. La experiencia de la primera revolución de América prendió en él con facilidad. Por ello este testimonio que recoge Inés Quintero de un connotado personaje norteamericano no suena convincente:

... su tema favorito era la perspectiva de hacer la revolución en las provincias españolas de la América del Sur; mientras comentaba esos asuntos, con gran vehemencia de entusiasmo y severidad en la denuncia, con rápida, apasionada y dominadora elocuencia ... (citado por Inés Quintero, 2006: 27).

No hay documentos antes de este año que revelen la propuesta libertaria mirandina. El Miranda que se refugió en Norteamérica no era un conspirador, ni mucho menos un luchador patriota. Era una víctima de manejos domésticos del militarismo español y un decidido hombre de la Ilustración, a quien la inquisición española no pudo impedirle que se formara en lo más granado del pensamiento filosófico francés, alemán e inglés.

Pero esa conciencia de patria no madura del todo en Miranda. Luego de su experiencia en Norteamérica, va a Londres. Allí escribirá un largo memorial al Rey de España, Carlos III, vía Conde Floridablanca, en donde habla de nuevo como súbdito. Diría Miranda, mostrando todavía la forma cortés, al rey español:

Deseo solamente conozca Vuestra Majestad, he procedido siempre con pureza y con altos deseos de mejor servicio y gloria de Vuestra Majestad en cuanto asuntos se ha puesto a mi cargo, sin que la emulación, persecuciones ni amenazas de jefes y ministros hayan podido torcer jamás mis más sanas intenciones o doblegar mi ánimo a indecorosos ofrecimientos. Así también apreciaría que, siendo del mayor agrado de Vuestra Majestad, se me permitiese el beneficiar o reembolsar la cantidad de ocho mil pesos fuertes que me costó el empleo de Capitán con que comencé a servir e el ejército, a fin de reparar los graves quebrantos que se me han ocasionado últimamente y desearía pudiesen servir al menos- igualmente que toda la serie de mis sueldos anteriores- para que conociendo mejor mis paisanos su situación actual, caminen con más experiencias en lo sucesivo y sepan moderar los altos pensamientos a que comúnmente es guiada la noble "Juventud Americana" (Miranda, 1982: 74).

La patria (la Itaca buscada) se diluye. Cuando intuye que el gobierno español no atenderá su petición, reasume las ideas embrionarias forjadas en Norteamérica. Y en sus tertulias habla de la América que aspiraba libertar. Ese mismo año de 1785 decide experimentar el libro de la vida que había leído en los ideólogos de la Ilustración, en especial de Rousseau. De agosto de 1785 al 18 de junio de 1789 protagoniza el más asombroso periplo que algún americano haya hecho en tierras europeas. Asombroso no sólo por las largas distancias geográficas que recorre, sino por la manera como se agenció los recursos económicos para sobrevivir en esos casi cinco años de viajes. Esta experiencia hará que la conciencia independentista se consolide. Si seguimos a Cavafis, Miranda procuró el camino largo, para aquilatar sus ideas, para cerciorarse in situ de la diversidad que bullía en el universo político europeo. Denzil Romero escribió la novela *Para seguir el vagavagar* (1987) para relatar esa experiencia mirandina. Como si siguiera el guión del Rousseau del Emilio, el caraqueño universal se alimenta de los libros y de los viajes.

4

En compañía del coronel norteamericano William Smith, quien lo acompaña hasta Viena, Miranda inicia su odisea por Europa. Comienza por Holanda. Mientras se da su viaje, comienza a expandirse su fama de hombre ilustrado y luchador por la libertad de las colonias españolas. Esa fama le da el valor de escribirle al Rey Federico de Prusia para solicitarle permiso para estar presente en las maniobras militares que se celebrarían en Berlín, solicitud que tuvo respuesta positiva. De modo que Miranda asiste a esas maniobras en calidad de invitado especialísimo. ¿Qué recursos persuasivos utilizó este hombre para hacerse amigos de los grandes líderes de la política europea del siglo XVIII? Aquí ha hecho mutis Telémaco. Ya ha abandonado la vindicación del padre, y su empeño es volver a Itaca, pero antes tiene que alargar el camino. Para ello debe hacer uso de sus ardidés encantatorios. Pero al lector, al viajero se le une otro ser: el memorialista, que no escatima detalles para hacer su gran anotación del mundo que fluye con plurales sensualidades. Conoce artistas, el más destacado el músico Haydn, de quien se hace amigo y lo convierte en su guía por Viena. Visita museos, va a conciertos. Sus poros se han ido acostumbrando a refinadas fragancias, muy alejadas de aquella Caracas que respiró hasta su primera juventud.

Luego vendría la Italia, cuyo clima artístico bebe golosamente. En Roma logra contactar a los jesuitas expulsados de Suramérica, en especial a uno de sus principales líderes, el peruano Juan Pablo Vizcardo .

Ya en la Rusia traba amistad con el Príncipe Potemkín y se hace huésped privilegiado de la gran Emperatriz Catalina de Rusia. En las charlas con ella, Miranda le habla de su proyecto de independencia de Hispanoamérica. Miranda recorrerá ahora Europa bajo el auspicio de esta Emperatriz, quien le otorga recursos y le da salvo conductos diplomáticos que lo protegen del

permanente asedio que España la ha venido haciendo en todo su recorrido. Pasa por París y la abandona apenas un mes antes de producirse la toma de la Bastilla, que tendrá un impacto definitivo en la nueva política francesa. En junio estaría de nuevo en Londres.

5

Los intentos de reivindicarse frente a la Corona Española fueron respondidos de manera contundente: Miranda era un prófugo de la justicia hispana, si quería defenderse debía presentarse a los tribunales y demostrar su inocencia, lo que hizo que nuestro personaje se olvidara de ese tema y se dedicara a procurar las relaciones con el mundo político inglés, con la finalidad venderle la idea de la empresa libertaria de América Hispana. Su argumento central era que las provincias coloniales de España ya estaban maduras para emprender su proceso de vida autónoma. Comienza una larga y sísifca relación con el Primer Ministro Inglés, William Pitt, quien se hace receptor de sus propuestas de independencia de América, aunque sus respuestas jamás fueron del todo contundentes, en las tres oportunidades que tuvo de ocupar ese cargo.

El señuelo para implicar a Inglaterra fue el posible beneficio que este país iba a tener con la liberación del comercio en los países que emergieran de esa independencia. Haciendo alarde de su encomiosa habilidad para redactar planes, preparar informes estratégicos militares, dibujar mapas y planos, Miranda elabora un memorial al funcionario inglés, donde se entrelaza su retórica persuasiva, su espíritu contestatario y su erudición militarista. Allí dice:

La América española desea que la Inglaterra le ayude a sacudir la opresión infame en que España la tiene constituida; negando a sus naturales de todas las clases el que puedan obtener empleos militares, civiles o eclesiásticos de alguna consideración, y confiriéndolos sólo a españoles europeos de baja esfera por lo general, que vienen allí únicamente para enriquecerse, ultrajar, y oprimir a los infelices habitantes, con su rapacidad increíble, prohibiendo a la nobleza americana, el que pase a España ni a ningún otro país extranjero, sin licencia particular del Rey... (1982: 104).

Varios documentos fueron a dar a manos del Ministro Pitt y varios ofrecimientos le fueron hechos a Miranda, la mayoría de ellos incumplidos. La actitud del gobierno inglés estuvo supeditada al humor emanado de la política internacional. Nuestro personaje se desespera, no sólo por las evasivas ante sus propuestas, sino por su propia condición económica, que cada día desmejora. Se le ofrecen mil libras, pero sólo recibe quinientas. Las evasivas del ministro británico continúan, para su desespero. Miranda exige que le devuelvan los documentos entregados al gobierno inglés. A raíz del tratado de Inglaterra y España para dirimir la problemática de la bahía de Nootka, las esperanzas de un apoyo de Inglaterra se diluyen enormemente. Nuestro héroe llega entonces a decir: “Pitt es un monstruo que parece no tener otra guía que el Príncipe de Maquiavelo: ¡he sido vendido por un tratado de comercio con España” (citado por Quintero, 2006: 39).

En ese marco de decepción, Miranda vuelve a retomar su rol de Ulises. Su peregrinaje continúa, y ahora su norte es la convulsionada y revolucionaria Francia, a donde va en 1782.

6

Haciendo alarde de su capacidad de ganar amigos en el poder, su mentor en el país galo va a ser G erome Petion, el alcalde de París. No obstante, su esfuerzo por obtener ayuda para su proyecto libertario de los pueblos americanos no recibe respuestas positivas. Se dedica a completar las páginas de su Libro del Universo, que iniciara en 1785, con su viaje a Europa. Intenta regresar a Londres, pero el convulsionado mundo político de París se lo impide. Petion le sugiere que ingrese al ejército francés. Luego de una vacilación, acepta y es nombrado Mariscal de Campo. Esta decisión le gana un disgusto importante y la pérdida del respaldo de la gran Catalina de Rusia. Nuestro personaje argumenta que esta decisión puede servirle para reforzar su proyecto de independencia americanista. Otra Itaca nace, la patria ahora será Francia. Y los complejos avatares políticos de la Francia revolucionaria le deparar n muchos sinsabores. Se inicia en el ejército del Norte, al mando del polémico general Charles Francois Dumouriez. Su victoria más glamorosa va a ser en Valmy. De inmediato es ascendido a Teniente General de los Ejércitos de la República. Milita en el partido de los girondinos, quienes se plantean despojar a España de sus posesiones americanas. Su amigo Peti n es nombrado Presidente de la Convención. Se barajan muchas cartas: una expedición al caribe para reafirmar Haití y luego avanzar sobre las posesiones españolas caribeñas. Se prevé un nuevo reparto donde intervengan Francia, Holanda, Inglaterra y Estados Unidos. Miranda muestra el mismo plan que le entregara a Pitt y se inclina por Francia y Estados Unidos como promotoras de la libertad de los pueblos hispanoamericanos. Se le propone a Miranda la jefatura de la expedición y éste la rechaza.

Esos planes quedan atrás, y Miranda se ve pronto inmerso en el complicado tinglado de la política francesa. Las intrigas en su contra vuelven a aparecer, fundamentalmente fraguadas por el general Dumouriez, quien a la postre terminaría traicionando a los girondinos. Pero su prestigio militar va en ascenso: la Capitulación de Amberes es uno de sus hechos más gloriosos.

El fragor de la política francesa se encamina por los senderos peligrosos del terror: El 21 de enero de 1793 es Luis XVI es guillotinado, y las tensiones entre la Francia republicana y la Francia monárquica se acentúan. Las diferencias entre Miranda y Dumouriez se hacen más profundas. Este último traiciona definitivamente a Francia, pasándose al bando austríaco el 3 de abril, y les entrega al Ministro de Guerra y otros destacados militares del bando francés. Miranda termina siendo acusado de complicidad con Dumouriez. El 8 de abril la Convención le hace responder 63 preguntas. Es exculpado, aunque con mucha resistencia.

Pero Miranda es víctima de la pugna entre girondinos y jacobinos. La Convención no había quedado del todo convencida de la inocencia de nuestro prócer independentista. El 19 abril es apresado en la llamada cárcel de la Conserjería, acusado formal-

mente de ser cómplice de Dumouriez. Finalmente es declarado inocente por unanimidad.

Instalado en París intensifica su accionar político. Pero caen los girondinos y comienza la época del terror de los jacobinos. Muchos generales son apresados, entre ellos Miranda. En *La Force* estos hombres vivieron una odisea de verdadero terror, que incluso los llevó a prepararse hasta el suicidio. En una impactante crónica Arístides Rojas nos cuenta lo siguiente:

La idea del suicidio era para todos ellos una necesidad moral, y por éstos cargaban unos el veneno y otros el instrumento mortífero, que debían servirles para quitarse la vida. Miranda llevaba consigo buena dosis de opio; Duchalet llegó a compartir la suya con Champagneux, y así los demás. Lo que ellos temían no era la muerte sino la dignidad ultrajada, los gritos y rechiflas de la muchedumbre, y abandonar el mundo a los lúgubres reflejos del horrible bacanal (2004: 104)

Hasta enero de 1795 se mantiene preso Miranda. Su preocupación por la libertad americana es sustituida por la lucha de su propia libertad. Su vida pendía siempre de un hilo, dada las características radicales y dogmáticas de la manera de hacer política de los jacobinos, a cuya cabeza se ubica el temible Roberpierre.

No obstante a que el 28 de julio de 1794 fue guillotinado Robespierre, Miranda tiene que esperar a enero de 1795 para conseguir su libertad. Su encarcelamiento ha servido para macerar su imagen ante la opinión pública francesa. Una semblanza del *Quatremère de Quinze* dice lo siguiente:

Miranda, oriundo de España, nació en América del Sur. La experiencia prueba, a pesar de todos los sistemas, que la libertad, como el fuego elemental de la sociedad, se encuentra en cualquier parte donde existan hombres. ¿Quién creería que en las montañas andinas, bajo la doble opresión del gobierno y de la inquisición española, el amor a la libertad haya encontrado un altar? Sí, su fuego sagrado, principio de vida del hombre moral, ardía en el corazón de Miranda (Miranda, 1982: 161).

Al salir de la prisión reclama compensación económica, que no fue atendida debidamente. La idea de libertad ha venido despojándose de las rémoras idealistas, para ser visualizada a la luz de los contextos políticos en que estuvo inmerso. En julio de 1795 publica el folleto denominado “Opinión del General Miranda sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes a sus males”, donde se muestra partidario de que Francia abandone su afán de conquistas y se retire de las riberas del Rin.

Durante 1796 y 1797 la idea de la independencia americana se vuelve un telón de fondo de su vida. Acentuará su vocación de Casanova, viendo desfilar ante él elegantes damas, entre las que se cuenta Madame Delfina Custine, la artista Henriette y muchas viudas. En estos meses Miranda conoce a Napoleón Bonaparte. No hubo empatía entre ellos. Al militar francés se le atribuye esta frase: “Miranda no es un republicano sino un demagogo” (citado por Rojas, 2004: 37). El bonapartismo jamás tendrá confianza en Miranda. Su ministro de la Policía, Fouché, desatará una persecución contra él, que lo obliga finalmente a huir clandestinamente a Londres. De nuevo nuestro héroe se ve arrojado a su peregrinaje infinito. Es un ser despatriado, en busca de una patria.

Desilusionado Miranda vuelve a pensar en su Itaca, en su patria americana. En diciembre de 1797 había firmado con José del Pozo y Sucre, venezolano, y Manuel de Salas, chileno, el Convenio de París, que le otorgó a Miranda el carácter de Plenipotenciario ante Inglaterra y Estados Unidos para negociar la emancipación absoluta de las colonias hispanoamericanas. Según Picón Salas este intrascendente documento no era sino un texto dentro de la estrategia para persuadir al Ministro inglés Pitt.

7

En 1798 sale disfrazado de París a Calais; lleva el pasaporte falso con el nombre de Gabriel Eduardo Uroux d’Helander que el mismo Miranda falsificara. El 15 de enero reanuda su relación con William Pitt. El pasado ha sido obviado. El Precursor sigue empeñado en convencer a Inglaterra de la bondad de su empresa libertaria. En esos avatares tardará ocho años, sin que finalmente consiguiese obtener compromiso firme del gobierno inglés.

Miranda procura un engranaje representativo que hiciese factible su empresa independentista. Se relaciona con Bernardo O’Higgins y José Baquijano, en Chile y con Manuel Gual en Venezuela. Su proyecto de gobierno es altamente ideal: contradictoriamente un hombre formado en la Ilustración, se inclina por un Incanato, con un Emperador vitalicio, un Poder Legislativo compuesto por dos cámaras (a la manera inglesa), una Alta y otra de Comunes, designados por el Emperador Inca y tendría carácter vitalicio. Este imperio se llamaría Colombo, en honor al descubridor de América.

Luego de un proceso complejo, no exento de zancadillas en su contra, Miranda a duras penas obtiene un financiamiento para emprender su expedición independentista en América: 1.600 libras esterlinas, y una complicidad no comprometedora en Trinidad y las otras islas de dominio británico en el Caribe. En 1805 saldrá, y un dios cruel, Saturno, pondrá obstáculos a su viaje a Norteamérica. Desembarga finalmente en Nueva Cork e inicia todo lo concerniente a su invasión a Venezuela. Se entrevista con diversos personeros de la política estadounidense, entre ellos Thomas Jefferson, el presidente. Se aspira tan sólo al consentimiento tácito de los norteamericanos. Pero sus movimientos no son ignorados por España. Miranda no pierde su afán de auscultar las realidades de los territorios que conoce. Su interés por las prisiones y los hospitales estadounidenses revelan el carácter de un político que se esmera en pensar como un futuro jefe de estado. El Leandro, barco bautizado en homenaje al primer hijo de Miranda, se hace a la mar para el puerto haiteño Jacmel, donde se esperaba reclutar unos dos mil soldados entre la convulsionada Haití que se debatía en la guerra civil posindependentista. Enfatizando el quijostismo mirandino, Picón Salas dice de esa expedición:

A aquel verdadero cardumen de hombres recogidos en los muelles de New Cork o entre la clientela del carnicero John Fink, quiere imponerles la disciplina de un ejército europeo. No acaba de darse cuenta de que son aventureros, gentes para quienes la independencia venezolana es acaso es menos importante que el áspero ron que venden en las tabernas de Jacquemel o el caliente amor de las mulatas (Picón Salas, 1972: 107)

Al lado de Leandro iban dos insignificantes barcos, denominados Bacchus y Bee, que no pudieron hacer nada para resistir la embestida de los barcos Argos y El Celoso, de la Capitanía General de Venezuela. Sólo se salva el Leandro, y cundió la desmoralización. El ejército de aventureros que acompañó a nuestro Precursor la mayoría se convirtió en carne para el escarmiento que el Capitán General, Manuel Guevara de Vasconcelos, utilizó para aleccionar, exponiéndolos ahorcados en las plazas públicas. Insiste Miranda, con la persistencia que le caracteriza, y vuelve a invadir en agosto de ese mismo año, con las mismas consecuencias de la invasión anterior: la desmoralización absoluta. Se refugia luego en Trinidad, desde donde sigue propagando su proyecto de liberación americanista. En noviembre de 1806 estaría de nuevo en Inglaterra, reiniciando su sísifca tarea de abogar por la libertad de su América.

8

Como lo afirma Picón Salas, el detallismo puede hacernos perder la perspectiva histórica de Francisco de Miranda. Por ello nos interesa focalizar al Precursor en el estatuto ético de la tragedia, haciendo una lectura homérica de su vida, centrándonos esencialmente en sus últimos años de vida. Ya hemos indicado que en él están presentes al unísono Ulises y Telémaco, el padre y el hijo, quienes andan en la búsqueda de una Itaca que les dé una sólida morada. La odisea épica trasciende el ámbito trágico cuando la tragedia comienza a coquetear con la ironía, y Miranda comienza a ser víctima de las paradojas.

Los años que van de 1806 a 1816 fueron para Miranda el desenlace de un nudo trágico, en el que Ulises quiere volver a su Itaca, pero pronto tiene conciencia de que ésta no existe.

Su entrada por la Vela de Coro, le revive la Caracas de 1771. El héroe es reconocido inmediatamente; el mismo mantuanaje que humilló a su padre se aprestó de inmediato a rechazarlo. La falta de apoyo militar y de recursos, la evasivas del gobierno inglés y del gobierno norteamericano, colocaron a nuestro héroe en un territorio desértico, cuya oquedad terminó derrotándolo. Los huéspedes de la Itaca mirandina no tardaron en poner precio a su cabeza, e hicieron una colecta para su captura. Recientemente la Alcaldía Mayor de Caracas ha dado a conocer la lista de esas colaboraciones: José Antonio Rodríguez, diputado por Barinas; Martín Tovar Ponte, José Ángel Alamo, Lino de Clemente y Luis Cazorla, todos firmantes del acta de Independencia en 1811, y muchos de ellos intrigantes contra su gestión como máximo jefe del Ejército venezolana, en 1812.

El mito trágico moderno, transmutado en ironía, se patentiza en Miranda, ya no encarnando la fidelidad, como lo fue en la saga homérica, sino como su revés: la traición. Su padre fue escarnecido por Canario; y sus enemigos radicales, cuando asume el liderazgo de la independencia venezolana, son los canarios que asoman su primera insurrección contra el gobierno republicano, y luego Domingo Monteverde es el canario que logra que, por fin, España lo aprese.

Pero es importante definir cómo era la Itaca Mirandina en momentos en que él logra arribar a Venezuela, en 1810. Esa Itaca no es una patria geográfica, sino un topos cuyos límites tienen como frontera la ciudadanía. Es la utopía ilustrada que aprendiera en los libros de Rousseau y de Locke, y que viera derrumbarse en el radicalismo de Marat y de Robespierre, en Francia.

Miranda salió de su Caracas nativa con un telos personal, si nos atenemos a las tesis historicista de Inés Quintero o las tesis imaginarias de Denzil Romero. En Europa ese telos fue transformándose en la medida en que ese Ulises realiza su odisea por la diversidad de países que recorrió.

Fue esa Itaca interiorizada la que chocó con la Venezuela del “bochinche”, plagada de intrigantes, políticos e ineptos, que acepta con mucha reticencia su regreso a Venezuela.

El Miranda de 1812 viene espantado por el caos, experimentado en los convulsionados días de la Revolución Francesa. De allí que en 1813, desde su prisión en La Carraca, de Cádiz, haya dicho: “Yo vi entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas que mis ojos fueron testigos en la Francia” (Miranda, 1982: 477). Diríamos que nuestro personaje era un empedernido kantiano ingenuo, que creía natural obrar éticamente. Por ello sus tres memoriales, antes de su muerte, se esmeran en argumentar con los conceptos liberales su derecho a que la Corona Española respete la Capitulación que pactó con Monteverde. Y otra Ironía se asoma sobre él: Cádiz, la ciudad donde fue promulgada la Constitución Liberal Española, en 1812, la misma en la que se iniciara militarmente, fue su cementerio físico y moral.

Una lectura ligera de los últimos tres memoriales que Miranda le enviara a Fernando VII, ha suscitado en algunos historiadores la idea de un hombre que se desdice de sus arengas anteriores contra España. Creo que nuestro Precursor exige su libertad ante España porque cree realmente en que en este país la política ha cambiado, en virtud de la referida Constitución Liberal, aupada definitivamente bajo el amparo del bonapartismo. Y desde ella reclama sus derechos. Por eso habla de una sola nación (América y España), hermanada por lo que “enseña la sabia política, lo prescribe la sana moral y lo dicta la razón” (Miranda, 1983: 479). Y lo que el fragor político de la época calificó de traición, su capitulación ante Monteverde, él la justifica por su horror al caos, sosteniendo que era necesario que se “reconciliase a los americanos y europeos, para que en lo sucesivo formasen una sociedad, una sola familia y un solo interés” (Miranda, 1983: 476). Cuando el gobierno español anula esa constitución, Miranda se resigna a que la justicia nunca le favorecería. Debíó pensar en uno de sus filósofos favoritos, Fichte, quien dijo a unos de los reyes germanos: “Con nosotros, no debes ser bondadoso, debes ser justo”. De vuelta España a las leyes inquisidoras, no

le queda más camino que planificar su última empresa: escapar, lo que no pudo hacer porque la muerte lo sorprendió en marzo de 1816.

El peor castigo que se puede infringir a un héroe es condenarlo a mostrarse como ser de carne y hueso. La desnudez es un espacio sacrílego para la heroicidad. Por ello son sacrílegos Arturo Michelena y Denzil Romero, cuando ponen en evidencia el carácter humanísimo de nuestro Prócer.

Uno de los principales biógrafos de Miranda, Mariano Picón Salas, señala que su vida está marcada por un doloroso acento trágico. Militar y político, fundamentalmente, su vida estuvo marcada por el fracaso. Sus éxitos en Europa fueron a medias; nunca terminó satisfactoriamente con los ejércitos en que guerreó; en Francia estuvo a punto de ser guillotinado; en España tuvo que huir y siempre reclamó una pensión que se le negó. Su fracaso más rotundo fue en Venezuela, en donde fue entregado indirectamente al enemigo por los jóvenes patriotas que fueron a aunar a Londres para que se encargara militarmente de la Revolución venezolana.

En el cuadro “Miranda en la Carraca” (1896), de Arturo Michelena utiliza un marrón predominante oscuro que envuelve a Miranda en una atmósfera de evidente pesimismo. Un austero camastro, rodeado de objetos de mucha pobreza, da la patética imagen de un hombre derrotado. Ese personaje reducido a su soledad en el cuadro de Arturo Michelena orbita permanentemente en el imaginario venezolano.

Su prestigio proviene no de haber ganado una batalla importante en Venezuela, sino de ser el ideólogo de una Revolución que finalmente logró sus frutos. Su tesón vale tanto como la sangre y el denuedo que Eduardo Blanco dibuja en su *Venezuela Heroica*. Por ello nos parece pertinente anotar esta afirmación de Carlos Pacheco:

Para el imaginario escolar, en especial que es a menudo el que marca la pauta en la construcción de la imagen cultural que termina siendo toda connotada figura pública, Miranda es en primer término el expedicionario maduro y romántico que desembarca en La Vela de Coro bajo la enseña tricolor de su propia invención.

Podríamos decir que Miranda tiene bien ganado el título de Precursor de la Independencia de Venezuela. Con su gesto se inicia la avanzada de un continente que aspiraba a ser libre. Y lo que se valora en él es su afán, su tesón, que terminó pagando con su propia vida. Compartimos la afirmación de Pacheco de que este personaje histórico puede ser entendido como un híbrido de Quijote y Sísifo. El quijotismo se desprende cuando leemos la Colombeia mirandina, en la que el caraqueño se muestra como una esponja que absorbe golosamente todo el conocimiento de la Ilustración, tomándolo como bandera ideológica de su revolución. Ese conocimiento le sirvió de impulso para sortear escollos y para reponerse ante los obstáculos, repitiendo hasta el final de su vida el mismo esfuerzo por rehacer sus planes de independizar a Hispanoamérica.

Referencias

- Cavafis C.V. (1999). *Poemas*. Madrid: Círculo de Lectores.
- Díaz Rangel, Eleazar. Diario Ultimas Noticias, 02-04-2006. p. 26.
- Miranda, Francisco (1982). *América Espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Pacheco, Carlos (2001). *La patria y el parricidio*. Mérida: Ediciones el otro, el mismo.
- Pérez Vila, Manuel (1992). Cronología, en Miranda, Francisco. En *América Espera*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, Mariano (1972). *Miranda*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Quintero Inés (2006). *Francisco de Miranda*. Caracas: Biblioteca Biográfica de Venezuela.
- Rojas, Aristides (2004). *Leyendas históricas de Venezuela*. Caracas: Colección Ares.
- Romero, Denzil (1983). *La tragedia del generalísimo*. Barcelona: Editorial Argos Vergara.
- Tilly, Charles (2000). *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona: Crítica.